

colocándola en sus espaldas, hizo un supremo esfuerzo y se levantó. El virus de la cruel enfermedad que corría por sus venas le quitó aquella fuerza sobrenatural, y a los tres pasos cayó sobre la arena, golpeándose la cabeza. La caída aumentó su espanto, y después de mirar por algunos instantes con ojos extraviados las columnas que se alejaban, se levantó segunda vez, pero no fué más feliz que la primera; a la tercera tentativa sucumbió, y cayendo a la orilla del mar, quedó en el sitio que el destino le señaló para sepultura. El aspecto de aquel soldado era horroroso, el desorden que reinaba en sus palabras incoherentes, su semblante, que expresaba el dolor; sus ojos abiertos y fijos, su uniforme andrajoso, ofrecían el espectáculo más espantoso que puede presentar la muerte. Sus ojos estaban fijos en las tropas que iban marchando, no se le había ocurrido la idea de volver la cabeza hacia otro sitio; hubiera visto entonces la división de Kléber y la de caballería, que salieron de Tentoura después que las otras, y la esperanza de salvarse tal vez le hubiera conservado la vida.»

Cuando nuestros soldados, acostumbrados ya a estas escenas, veían a alguno de sus desgraciados compañeros, siguiéndoles, en el delirio de la fiebre, cayendo, levantándose y volviendo a caer para siempre, solían decir: «Se ha acuar-telado.»

Daré fin a este cuadro con una página de Bourrienne:

«Una sed devoradora, dicen las *Memo-rias*, la carencia absoluta de agua; un calor excesivo, una marcha fatigosa por aquellos arenales abrasadores, desmoralizaron a los hombres, e hicieron suceder a los sentimientos generosos el más cruel egoísmo, y la indiferencia más aflictiva. Yo mismo vi arrojar de las camillas a los oficiales operados de amputaciones, mandados transportar, y que, además, habían entregado su dinero a los encargados de conducirlos para pagarles su trabajo; he visto dejar abandonados en los campos a los operados, a los heridos, a los atacados de la peste, o sospechosos de estarlo. Iban alumbrados en su marcha por hachones destinados a incendiar los pueblos, las barracas, los cercados y las ricas mieses que se encontraban al paso. El país era una inmensa hoguera. Los que tenían orden de presidir aquellos desastres parecía que al esparcir la de-

solación por aquellos sitios, deseaban vengar los reveses y encontrar un alivio a su furor. Nos hallábamos rodeados de moribundos, de rateros y de incendiarios. Los desgraciados, abandonados en medio del camino, exclamaban con una voz moribunda: *Yo no estoy apestado, únicamente estoy herido*, y para convencer a sus compañeros, se les veía volver a abrirse sus heridas o hacerse otras nuevas. Pero nadie les hacía caso, y pasaban diciendo: *Es cosa perdida*. El sol, en todo su esplendor, en aquel hermoso cielo, estaba oscurecido por el humo de tantos incendios. El mar se encontraba a nuestra derecha; a la izquierda, y detrás de nosotros, el desierto que abandonábamos; delante, las privaciones y los trabajos que nos esperaban.»

VUELTA A EGIPTO. — CONQUISTA DEL ALTO EGIPTO. — BATALLA DE ABUKIR. — ESQUELAS Y CARTAS DE NAPOLEÓN. — SU VUELTA A FRANCIA.—EL 18 DE BRUMARIO. —SEGUNDA COALICIÓN. — POSICIÓN DE FRANCIA A LA VUELTA DE BONAPARTE DE LAS CAMPAÑAS DE EGIPTO.

«Partió, llegó y disipó todas las tempestades; su vuelta las ha hecho reaparecer en el desierto.» De esta manera cantaba y se alababa el vencedor rechazado al volver al Cairo; en sus himnos era el conquistador del mundo.

Durante su ausencia, Desaix había concluido de someter el Alto Egipto: subiendo el Nilo se contemplan las ruinas engrandecidas por el lenguaje de Bossuet: «Se han descubierto—dice el autor de la *Historia Universal*—templos y palacios casi enteros en el Saide, en los que hay innumerables columnas y estatuas. Es digno de admiración, sobre todo, un palacio cuyos restos parecen haber sido conservados para eclipsar la gloria de los más grandes monumentos. Cuatro calles de árboles que se pierden de vista y que a uno y otro extremo tienen dos esfinges fabricadas de una materia tan rara como son ellas admirables por su tamaño, desembocan en cuatro pórticos, cuya elevación sorprende a la vista. ¡Qué magnificencia y qué grandiosidad! Los que nos han descrito aquel maravilloso edificio no han tenido ni el tiempo suficiente para dar la vuelta alrededor, y no pueden haber visto ni aun la mitad de él; pero lo que han podido ver era allí sorprendente. Hay un salón que

parece que era el punto céntrico del palacio, con ciento veinte columnas del grueso de seis brazas, y de proporcionada altura, intermedias de obeliscos que no han podido derribar tantos siglos. Los colores mismos, que el poder del tiempo tanto deteriora, se presentan aún en aquel admirable edificio con toda su viveza; ¡de tal manera sabía el Egipto imprimir el carácter de inmortalidad a todas sus obras! Hoy, que el nombre de Luis XIV recorre los más desconocidos lugares de la tierra, ¿no sería un objeto digno de la más noble curiosidad descubrir las bellezas que encierra la Tebaida en sus desiertos? ¿Qué de objetos dignos de admiración no se hallarían si se pudiese penetrar en la ciudad real, cuando tan lejos de ella se descubren tales maravillas? El poder romano, no pudiendo igualar a los egipcios, creyó hacer lo suficiente para su grandeza con tomar los monumentos de los reyes de estos últimos.»

Bonaparte se encargó de poner por obra los consejos que Bossuet daba a Luis XIV. «Tebas — dice el señor Denon, que seguía a Desaix en su expedición—, esa ciudad tradicional que la imaginación entrevió al través de la obscuridad de los siglos, era entonces un fantasma tan gigantesco, que a su vista se detuvo el ejército y prorrumpió en gritos de admiración. En medio del entusiasmo de los soldados, encontré rodillas que me levantarán en alto y cuerpos que me dieran sombra... Llegados a las cataratas del Nilo, nuestros soldados, sin dejar de luchar contra los beys, y fatigados como estaban, se ocuparon en poner talleres de sastrería, de platería, barberías y otros oficios. Bajo una calle de árboles levantaron una columna miliaria con la siguiente inscripción: *Camino de París*... Volviendo a bajar el Nilo, el ejército tuvo bastantes encuentros con los habitantes de la Meca: incendiábanse los puestos de los árabes, quienes, faltos de agua, apagaban el fuego con los pies, con las manos y con todo su cuerpo. Negros y desnudos—continúa el señor Denon—, se les veía correr al través de las llamas; aquella era la imagen de los diablos en el infierno. No los podía mirar sin experimentar un sentimiento de horror y de admiración. Había momentos de silencio en los que se dejaba oír una voz, que era contestada por himnos sagrados y por los gritos de combate.»

MEMORIAS 20.—TOMO I

Los árabes cantaban y bailaban como los soldados y los frailes españoles en el incendio de Zaragoza. Los rusos incendiaron Moscou: la especie de sublime demencia que agitaba a Napoleón la transmitía a todas sus víctimas.

De vuelta al Cairo, escribía Napoleón al general Dugua: «Ciudadano general: haréis cortar la cabeza a Abdalla-Aga, antiguo gobernador de Jaffa. Pues, según lo que me han dicho los habitantes de Siria, es un monstruo, de cuya presencia es necesario librar a la tierra... Mandaréis fusilar a los llamados Hassan, Joussef, Ibraim, Saleh, Mahamet, Bekir, Hadj-Saleh, Mustafá, Mahamed y a todos los mamelucos.» Napoleón dió muchas órdenes por el estilo contra los egipcios, que *hablaron mal de los franceses*: tal era el aprecio que hacía de las leyes. El derecho de guerra, ¿permitía, acaso, sacrificar tantas víctimas, por la simple orden de un jefe: *haréis fusilar*? Al mismo tiempo escribía al sultán de Darfour: «Deseo que me envíes dos mil esclavos varones mayores de diez y seis años.» Bonaparte gustaba de esclavos.

Desembarcó en Abukir una flota otomana de cien velas, y conducía un ejército: Murat, apoyado por el general Lannes, lo arrojó al mar, y Napoleón dió parte al Directorio de aquella nueva victoria: la ribera, cuyas aguas han arrastrado en el año pasado cadáveres de ingleses y franceses, está hoy cubierta con los de nuestros enemigos. Es imposible no sentirse fatigado al andar sobre estos montones de victorias, lo mismo que al pisar las abrasadoras arenas de aquellos desiertos.

Próximo a abandonar la tierra antigua donde el hombre exclamaba al expirar: «¡Poderes que dispensáis la vida a los humanos, recibidme y concededme un lugar entre los dioses inmortales!» Napoleón no piensa nunca en otra cosa que en su porvenir en la tierra; hace notificar su marcha por el mar Rojo a los gobernadores de la isla de Francia y de la isla de Borbón; envía sus salutations al sultán de Marruecos y al bey de Trípoli, dándoles parte de sus buenos oficios para con las caravanas y los peregrinos de la Meca; Bonaparte procura, al mismo tiempo, hacer desistir al gran visir de la invasión proyectada por la Puerta, asegurando que está tan dispuesto a vencerlo todo como a entrar en negociaciones.

Hay una cosa que haría poco honor a nuestro carácter, si nuestra imaginación y nuestro amor por la novedad no la disculparan, salvando nuestra equidad nacional; los franceses se extasían en la expedición de Egipto, y no se fijan que es tan contraria a la justicia como al derecho político: en completa paz con la más antigua aliada de Francia, no dudamos en atacarla, ocupamos su fértil provincia del Nilo sin declaración alguna de guerra, como argelinos que en una de sus incursiones se hubieran apoderado de Marsella y de la Provenza. Cuando la Puerta se prepara para su defensa legítima, orgullosos por nuestro golpe de mano, le preguntamos qué es lo que piensa hacer, asegurándole que hemos tomado las armas por su bien únicamente, y para libertarla de los bandidos mamelucos que tenían prisionero a su bajá. Bonaparte envía a decir al gran visir: «¿Cómo no conocéis que cada francés que muere es un apoyo menos para la Puerta? Por mi parte, puedo aseguráros que será el día más feliz de mi vida aquel en que pueda contribuir a la terminación de una guerra a la vez *impolítica y sin objeto*.» Napoleón trataba de marcharse: ¡la guerra entonces era impolítica y sin objeto! La antigua monarquía fué, por otra parte, tan culpable como la república: en los archivos del Ministerio de Estado se conservan muchos planes de colonias francesas en Egipto. El mismo Leibnitz había aconsejado establecer la colonia egipcia a Luis XIV. Los ingleses no conocen más que la política positiva, la de los intereses: la fidelidad de los tratados y los escrúpulos morales son bagatelas para ellos.

Llegó por fin la hora; Bonaparte, detenido en las fronteras orientales del Asia, va a empuñar el cetro de Europa, para buscar después por el Norte, y por un nuevo camino, las puertas de Himalaya y las grandezas de Cachemira. Su última carta, dirigida a Kléber, fechada en Alejandría el 22 de agosto de 1799, es un modelo de raciocinio, de experiencia y de autoridad. El final contiene un fondo de sentimiento que penetra en el corazón.

«Adjunta verá usted, ciudadano general, una orden para tomar el mando en jefe del ejército. El temor de que los navíos ingleses lleguen de un momento a otro, me hace anticipar dos o tres días mi viaje.

»Llevo conmigo a los generales Ber-

thier, Andrésy, Murat, Lannes y Mar-mont, y a los ciudadanos Monge y Berthollet.

»También le remito los papeles ingleses y de Francfort hasta el 10 de junio. En ellos verá que hemos perdido la Italia, y que Mantua, Turín y Tortona se hallan bloqueadas. Tengo razones para creer que la primera resistirá hasta fines de noviembre, y tengo esperanza, si la fortuna me favorece, de llegar a Europa antes del mes de octubre.»

Siguen las instrucciones particulares:

«Usted sabe apreciar, tan bien como yo, lo que importa a Francia la posesión del Egipto. El imperio turco, que amenaza ruina por todas partes, se hunde, y el abandonar Egipto sería una desgracia, tanto mayor, cuanto que veríamos pasar esta hermosa provincia a otras manos europeas.

»Las noticias de las victorias o de las derrotas que recibe la república deben entrar también en vuestros cálculos.

«Usted sabe, ciudadano general, mi modo de pensar sobre la política interior de Egipto: cualquier cosa que usted haga, siempre los cristianos serán sus amigos. Es necesario impedir que se hagan demasiado insolentes, para que los turcos no sientan hacia nosotros el mismo fanatismo de odio que sienten hacia ellos, cosa que los haría nuestros enemigos irreconciliables.

»Había yo mandado pedir muchas veces una compañía de cómicos, y ahora yo mismo me encargaré de enviársela. Este ramo es muy útil para el ejército y para empezar a cambiar las costumbres del país.

»El puesto importante que usted va a ocupar le va a poner en estado de desplegar el talento que la naturaleza le ha concedido. Todo cuanto aquí pase será objeto de un gran interés, y sus resultados serán inmensos para el comercio y la civilización; ésta será la época de que datarán las grandes revoluciones.

»Acostumbrado a ver la recompensa de las aflicciones y trabajos de la vida en la opinión de la posteridad, abandono el Egipto con el mayor pesar. El interés de la patria, su gloria, la obediencia, los extraordinarios sucesos que acaban de ocurrir, son los que únicamente me deciden a ir a Europa, pasando por medio

de las escuadras enemigas. Con el alma y la vida me quedaría con usted. Sus triunfos serán tan gratos para mí, como aquellos en que tomé parte, y miraré como mal empleados los días de mi vida en que no haga alguna cosa para favorecer al ejército cuyo mando le confío, y para asegurar el magnífico edificio cuyos cimientos acaban de levantarse.

»El ejército que le confío está formado por mis hijos; en todas ocasiones, y aun en medio de los mayores trabajos, me han dado pruebas de su adhesión. Haga de modo que conserven siempre los mismos sentimientos, puesto que es una cosa que debe usted al aprecio y la singular amistad que le tengo, y al cariño que les profeso.

»BONAPARTE.»

¡En ninguna ocasión ha encontrado el guerrero palabras semejantes a éstas! Aquí se ve al Bonaparte que acaba; el emperador que le ha de suceder causará, sin duda, más asombro, pero más odio también. Su voz no tendrá el acento de la juventud: le habrán alterado el tiempo, el despotismo y la embriaguez de la prosperidad.

Digno de compasión hubiera sido Bonaparte si hubiese sido obligado, en virtud de la antigua ley egipcia, a tener abrazados durante tres días, a los hijos que había muerto. Había imaginado para los soldados que dejaba expuestos a los ardores del sol las mismas diversiones que el capitán Parry empleó después para sus marineros en las heladas noches del Polo. Entrega el testamento del Egipto a su valiente sucesor, que ha de ser muy pronto asesinado, y se escapa furtivamente como César, que se salvó a nado en el puerto de Alejandría; Cleopatra, esa reina que el poeta llamaba un *fatal prodigio*, no le esperaba; iba a la cita secreta que le había dado el destino, que es otro poder infiel. Después de internarse en Oriente, manantial de maravillas, vuelve a nosotros sin haber llegado a Jerusalén, así como tampoco entró nunca en Roma. El judío que gritaba: «¡desgracia, desgracia!» vagó alrededor de la ciudad santa sin penetrar en sus eternos monumentos. Un poeta, huyendo de Alejandría, se embarca el último sobre la fragata aventurera. Impregnado de los milagros de Judea y de los recuerdos de la tumba en las pirámides, Napoleón cruza los mares, sin cuidarse de sus navíos ni de sus abismos;

todo era vadeable para aquel gigante, acontecimientos y mares.

Sigue la dirección que yo he seguido; sigue la costa de Africa con viento contrario, y al cabo de veinte días dobla el cabo de Bon; llega a las costas de Cerdeña, viéndose obligado a detenerse en Ajaccio; dirige sus miradas a los lugares de su nacimiento, recibe algún dinero del cardenal Fesch, se embarca de nuevo, y descubre una flota inglesa, que no le persigue. El 8 de octubre entra en la rada de Frejus, no lejos de aquel golfo de San Juan, donde se había de presentar terrible por la postrera vez.

Salta a tierra, parte, llega a Lyon, toma el camino del Borbonesado, entrando en París el 16 de octubre. Todo parecía dispuesto contra él: Barras, Sieyès, Bernadotte, Moreau, y todos sus enemigos le sirven como por milagro. La conspiración fracasa; el gobierno se traslada a Saint-Cloud. Bonaparte quiere hablar ante el Consejo de los Ancianos; se turba, balbucea las palabras de hermanos de armas, de volcán, de victoria y de César; le tratan de Cromwell, de tirano y de hipócrita; pretende acusar, y es acusado; se dice asistido del dios de la guerra y del dios de la fortuna, y se retira exclamando: «El que me ame, que me siga.» Piden que se le forme causa; Luciano, presidente del Consejo de los Quinientos, deja el sitio de la presidencia para no colocar a Napoleón fuera de la ley. Saca su espada, y jura atravesar con ella a su hermano si atentase alguna vez contra la libertad. Se habla de fusilar al soldado desertor, al infractor de las leyes sanitarias, al portador de la peste, y le coronan. Murat hace saltar por las ventanas a los representantes; pasa el 18 de brumario, nace el gobierno consular, y la libertad muere.

Entonces se opera en el mundo un cambio absoluto: el hombre del siglo pasado desaparece de la escena, y entra en ella el hombre del siglo nuevo; Washington es el término de sus prodigios, cede el puesto a Bonaparte, que empieza los suyos. El 9 de noviembre el presidente de los Estados Unidos termina el año de 1799; el primer cónsul de la república francesa comienza el año de 1800.

Un gran destino empieza, un gran destino acaba.

(CORNEILLE.)

Durante estos importantes acontecimientos, escribí la parte de mis *Memo-*

rias que habéis leído, así como un texto moderno profanando antiguos manuscritos. Refería yo mis miserias y mi obscuridad de Londres, al mismo tiempo que se obraban las grandezas y elevación de Napoleón: el ruido de sus pisadas se unía al silencio de las mías en mis solitarios paseos; su nombre me perseguía hasta en el recinto en que se hallaban la indignidad de mis compañeros de infortunio y las alegres privaciones, o como si se dijera en nuestro antiguo lenguaje: las *hilaridades* de la miseria de Peletier. Napoleón tenía mi edad: salimos ambos del seno del ejército, había él ganado cien batallas mientras yo languidecía aún a la sombra de la emigración, que fué el pedestal de su fortuna. Habiéndome quedado tan atrás, ¿podía tener esperanzas de alcanzarle? A pesar de esto, cuando dictaba leyes a los monarcas; cuando los arrollaba con sus ejércitos y hacía saltar su sangre bajo sus pies; cuando con la bandera en la mano cruzaba los puentes de Arcole y de Lody; cuando triunfaba en las Pirámides, no habría yo dado por todas sus victorias una sola de aquellas horas olvidadas que pasaba en Inglaterra, en una pequeña ciudad desconocida. ¡Oh magia de la juventud!

Salí de Inglaterra algunos meses después que Napoleón salió de Egipto, y regresamos a Francia casi al mismo tiempo, él de Menfis, y yo de Londres. Habíase él apoderado de ciudades y de reinos; sus manos estaban cargadas de reales despojos; yo no había tenido todavía más que ilusiones.

¿Qué había pasado en Europa durante la ausencia de Napoleón?

Había comenzado de nuevo la guerra de Italia, en el reino de Nápoles, y en los Estados de Cerdeña; Roma y Nápoles fueron momentáneamente ocupadas: Pío VI había sido hecho prisionero y llevado a Francia, donde había de morir: se terminó un tratado de alianza entre los gabinetes de San Petersburgo y de Londres.

Segunda coalición continental contra Francia. El congreso de Radstadt fué atropellado el 8 de abril de 1799 y asesinados los plenipotenciarios franceses. Habiendo Suwaroff llegado a Italia, derrotó a los franceses en Cassano. El general ruso tenía la ciudadela de Milán. Uno de nuestros ejércitos, obligado a desocupar a Nápoles, se sostiene con

gran trabajo a las órdenes del general Macdonald. Massena defiende Suiza.

Mantua sucumbe después de un bloqueo de setenta y dos días, y un sitio de veinte. El 15 de octubre de 1799, el general Joubert, muerto en Novi, deja el campo libre a Napoleón; estaba destinado a representar el papel de este último. ¡Desgraciado el que detenía una fortuna fatal! ¡Veinte mil ingleses bajan al Helder; pero inútilmente; su flota, en gran parte, se ve bloqueada por los hielos, nuestra caballería carga sobre los navíos, y se apodera de ellos. Diez y ocho mil rusos, número a que había quedado reducido el ejército de Suwaroff por los combates y las fatigas, habiendo pasado el San Gotardo el 24 de septiembre, penetran en el valle de la Reuss. Massena salva la Francia con la batalla de Zurich. Suwaroff vuelve a entrar en Alemania, acusa a los austriacos, y se retira a Polonia. Tal era el estado de Francia cuando Bonaparte vuelve a aparecer en ella, derriba el Directorio y establece el Consulado.

Antes de proseguir la narración de los hechos, recordaré una cosa de que todos deben estar convencidos. No me ocupo de una vida particular de Bonaparte, sino que refiero en compendio sus acciones. Pinto las batallas, pero no las describo: los detalles de estas batallas se encuentran bastante reproducidos, y se les puede hallar en todas partes, desde Pommereul, que dió a luz las *Campañas de Italia*, hasta nuestros generales críticos y censores de los combates en que estuvieron: hasta los tácticos extranjeros, ingleses, rusos, alemanes, italianos y españoles. Los boletines públicos de Napoleón, y sus comunicaciones secretas, forman el hilo bien poco seguro de estas narraciones. Los trabajos del teniente general Jomini suministran los más seguros datos para su inteligencia: el autor es tanto más digno de crédito, cuanto que dió pruebas de sus estudios en su *Tratado de la táctica sublime* y en su *Tratado de las grandes operaciones militares*. Admirador de Bonaparte hasta hacerse injusto, unido al estado mayor del mariscal Ney, nos ha dejado la historia crítica y militar de las campañas de la Revolución: él vió con sus propios ojos la guerra de Alemania, de Prusia, de Polonia y de Rusia, hasta la entrada en Smolensk; tomó parte en Sajonia en los combates de 1813; de allí

pasó a los aliados, fué condenado a muerte por un consejo de guerra de Napoleón, y nombrado en el mismo momento ayudante de campo del emperador Alejandro. Atacado por el general Sarrazin en su *Historia de la guerra de Rusia y de Alemania*, Jomini replicó a sus acusaciones. Jomini ha tenido a su disposición los documentos conservados en el ministerio de la Guerra y en los demás archivos del reino: contempló la marcha retrógrada de nuestros ejércitos después de haberles ayudado a avanzar. Su narración está llena de lucidez y comentada con algunas reflexiones tan oportunas como juiciosas. Mil veces se han copiado páginas suyas enteras sin decirlo; mas yo no tengo vocación de copiante, y no ambiciono el nombre de un César desconocido, al que sólo faltó un casco para someter de nuevo el mundo. Si hubiera pretendido ayudar la memoria de los veteranos, maniobrando sobre las cartas geográficas, recorriendo los campos de batalla, cubiertos de abundantes cosechas, presentando documentos sobre documentos, y amontonando descripciones sobre descripciones, iguales siempre, y hubiera acumulado volúmenes sobre volúmenes, me habría creado una reputación de capacidad a riesgo de enterrar bajo mis obras a mi lector y a mi héroe, al par que a mí mismo. No siendo más que un soldado insignificante, me inclino ante la ciencia de los Vegecios: no he querido tomar por público oficiales a medio sueldo; el último cabo sabe más que yo en la materia.

CONSULADO. — SEGUNDA CAMPAÑA DE ITALIA. — VICTORIA DE MARENGO. — VICTORIA DE HOELINDEN. — PAZ DE LUNEVILLE. — PAZ DE AMIENS. — ROMPIAMIENTO DEL TRATADO. — BONAPARTE ES ELEVADO A MINISTRO. — IMPERIO. — CONSAGRACIÓN. — REINO DE ITALIA. — INVASIÓN DE ALEMANIA. — AUSTERLITZ. — TRATADO DE PAZ DE PRESBURGO. — EL SANEDRÍN.

Para asegurarse en el puesto que había ocupado, tenía necesidad Bonaparte de sobrepujarse a sí mismo.

El 25 y el 30 de abril de 1800, los franceses atraviesan el Rin, mandados por Moreau. El ejército austriaco, derrotado cuatro veces en ocho días, retrocede por una parte hasta el Voralberg, y por otra hasta Ulm. Napoleón pasa el gran

San Bernardo el 16 de mayo, y el 20 el pequeño San Bernardo; el Simplón, el San Gotardo, el monte Cenis y el monte Genevre, son escalados y tomados; entramos en Italia por tres puntos, tenidos por inexpugnables, cuevas de osos, rocas de las águilas. El ejército se apodera de Milán el 2 de junio, y la república Cisalpina se reorganiza; pero Génova se ve obligada a rendirse después de un memorable sitio sostenido por Massena.

La ocupación de Pavia y el feliz acontecimiento de Montebello preceden a la victoria de Marengo.

Esta victoria comienza por una derrota. Los cuerpos mandados por Lannes y por Víctor, ya malparados, cesan de luchar y abandonan el terreno; la batalla se renueva con cuatro mil hombres de infantería conducidos por Desaix, y apoyados por la brigada de caballería de Kellermann. Desaix fué muerto. Kellermann da una carga decidiendo el éxito de la jornada, que completará la estupez del general Melas.

Desaix, noble de Auvernia, subteniente en el regimiento de Bretaña, ayudante de campo del general Víctor de Broglie, mandaba en 1796 una división del ejército de Moreau y pasó a Oriente con Bonaparte. Su carácter era desinteresado, sencillo y afable.

El tratado de El-Arisch, le volvió la libertad; pero fué detenido por lord Keith en el lazareto de Liorna. «Cuando se apagan las luces—dice Miot, su compañero de viaje—, nuestro general nos hacía contar historias de ladrones y de fantasmas, participando de nuestras diversiones, y mediaba en nuestras disputas; amaba mucho a las mujeres, y no hubiera querido merecer su amor sino por su amor a la gloria.» Al desembarcar en Europa recibió una carta del primer cónsul, llamándole a su lado; aquella carta le enterneció, y Desaix decía: «Este buen Bonaparte se ve cubierto de gloria, y no es feliz.» Al leer en los periódicos la marcha del ejército de reserva, exclamó: «¡No nos dejará nada que hacer!» Le restaba aún alcanzar una victoria y morir.

Desaix fué enterrado en la cima de los Alpes, en el convento del monte de San Bernardo, lo mismo que Napoleón en el obscuro suelo de Santa Elena.

Kléber, asesinado, halló la muerte en Egipto, lo mismo que Desaix la encontró en Italia. Después de la partida del general en jefe, Kléber, con once mil hom-

bres, derrotó a cien mil turcos a las órdenes del gran visir, en Heliópolis, hazaña con la que no se puede comparar ninguna de las de Bonaparte.

El 16 de junio se hizo el convenio de Alejandría. Los austriacos se retiraron sobre la orilla izquierda del bajo Po. La suerte de Italia se decidió en la campaña llamada de los treinta días.

El triunfo de Hochstedt, obtenido por Moreau, fué grato a la sombra de Luis XIV. No obstante, el armisticio entre Alemania e Italia, concluído después de la batalla de Marengo, fué denunciado el 20 de octubre de 1800.

El 3 de diciembre nos dió la victoria de Hohenlinden, en medio de una tempestad de nieve, victoria debida también a Moreau, gran general, en el que dominaba otro gran genio. El compatriota de Duguesclín marchaba sobre Viena. A veinticinco leguas de la capital arregla el armisticio de Steyer con el archiduque Carlos. Después de la batalla de Pozzolo, del paso del Mincio, del Adige y de la Brenta, el 9 de febrero de 1801, se termina el tratado de paz de Luneville.

Y aun no hacía nueve meses que Napoleón había vuelto de las orillas del Nilo! Nueve meses le habían bastado para ahogar la revolución popular en Francia y para derrocar las monarquías absolutas en Europa.

No sé positivamente si es en esta época donde debe colocarse una anécdota que se encuentra en todas las memorias de su vida particular, y si la anécdota vale la pena de ser referida; pero no faltan historietas en la vida de César; la vida no es completamente plana; se sube algunas veces, y se cae muchas más: Bonaparte había recibido, en su lecho, en Milán, a una italiana de diez y seis años, tan hermosa como el día; en medio de la noche la despidió, lo mismo que hubiera arrojado por la ventana un ramo de flores.

En otra ocasión, una de esas flores de la primavera se introdujo en el palacio donde habitaba Bonaparte; penetraba en él a las tres de la mañana, y acariciaba con sus jóvenes años la cabeza del león, más sufrido entonces.

Lejos de ser amor estos placeres, no tenían la menor influencia sobre el hombre de la muerte; habría incendiado a Persépolis, en provecho propio, pero no para complacer a una querida. «Francisco I—dice Tavannes—veía los negocios

cuando no tenía mujeres delante; Alejandro veía las mujeres cuando no tenía negocios.»

Las mujeres, en general, odiaban a Napoleón como madres; le amaban poco como mujeres, porque él no las amaba; las insultaba sin delicadeza, y no las hacía caso sino un momento. Después de su caída fué objeto de algunas pasiones de imaginación: en estos tiempos, el corazón de una mujer es más bien seducido por la poesía de la desgracia que por la de la fortuna; las ruinas también tienen sus flores.

A imitación de la orden de los caballeros de San Luis, fué creada la Legión de Honor: por esta institución pasa un rayo de luz de la antigua monarquía y se introducen obstáculos en la nueva igualdad. La traslación de las cenizas de Turana a los Inválidos hizo apreciar a Bonaparte: la expedición del capitán Baudin llevó su nombre por todo el ámbito del mundo. Todo lo que podía perjudicar al primer cónsul cede ante él: se salva del complot del 18 de vendimiario, y el 3 de nevoso escapa de la máquina infernal; Pitt se retira; Paul muere; Alejandro le sucede; aun no se hacía notar Wellington. Pero la India se conmovía para arrebatarnos nuestra conquista del Nilo; Egipto era atacado por el Mar Rojo, en tanto que el capitán-bajá lo abordaba por el Mediterráneo. Napoleón agita los imperios; toda la tierra se ocupaba en él.

Los preliminares de la paz entre Francia e Inglaterra, acordados en Londres en 1.º de octubre de 1801, dieron por resultado el tratado de Amiens. El mundo napoleónico no estaba fijado aún: sus límites cambiaban con el ascenso o descenso de las mareas de nuestras victorias.

Por entonces fué cuando el primer cónsul nombró a Toussaint-Louverture gobernador perpetuo de Santo Domingo, y cuando incorporó la isla de Elba a Francia; pero traidoramente arrebatado de allí debía Toussaint morir en un castillo del Jura, y Bonaparte se proveyó de una cárcel en Porto-Ferraio, que pudiese bastar al imperio del mundo para cuando no tuviera en él bastante espacio.

El 6 de mayo de 1802 fué elegido Napoleón cónsul por diez años, y poco después cónsul perpetuo. Encontrándose estrecho en los vastos dominios que le había dejado la paz con Inglaterra, y sin respetar el tratado de Amiens; sin pen-

sar en las nuevas guerras que iba a promover su determinación, bajo pretexto de la no evacuación de Malta, agregó las provincias del Piamonte a los Estados franceses, y en atención a las revueltas suscitadas en Suiza, se decidió a ocuparla. Inglaterra rompió con Francia, teniendo lugar este rompimiento del 13 al 20 de mayo de 1803; el 22 de mayo apareció el inaudito decreto que ordenaba poner presos a todos los ingleses que comerciaban o que viajaban por Francia.

Bonaparte invadió el electorado de Hannover el día 3 de junio, al mismo tiempo que yo, en Roma, cerraba los ojos de una mujer ignorada.

El 21 de marzo de 1804 vió la muerte del duque de Enghien, que ya he referido: aquel mismo día fué decretado el Código civil, o el Código de Napoleón, para enseñarnos a respetar las leyes.

Cuarenta días después del fusilamiento del duque de Enghien, un miembro del Tribunado, llamado Curée, presentó una proposición el 30 de abril de 1804, para elevar a Bonaparte al poder supremo, sin duda porque había jurado la libertad: jamás amo más poderoso surgió de la proposición de un esclavo más obscuro.

El Senado conservador cambió en decreto la proposición del Tribunado. Napoleón no imita ni a César ni a Cromwell, y, creyéndose más asegurado con la corona, la acepta. El 18 de mayo es proclamado emperador en Saint-Cloud; en los mismos salones de donde arrojó al pueblo, en el sitio donde había sido asesinado Enrique III, Enriqueta de Inglaterra envenenada, María Antonieta halagada con algunos pasajeros goces que la llevaron al patíbulo, y de donde Carlos X salió para su último destierro.

Llueven de todas partes felicitaciones. Mirabeau había dicho en 1790: «Damos un nuevo ejemplo de la ciega y voluble inconsideración que nos ha llevado de edad en edad a todas las crisis que nos han afligido sucesivamente. Se diría que nuestros ojos no pueden ser desengañados, y que hemos resuelto ser hasta el fin de los siglos niños, traviesos en ocasiones, pero siempre esclavos.»

El plebiscito de 1.º de diciembre de 1804 fué presentado a Napoleón, y el emperador respondió: «Mis descendientes conservarán por mucho tiempo este trono.» Al mirar las ilusiones con que la Providencia rodea el poder, consuélase uno con su corta duración.

El 2 de diciembre de 1804 tuvo lugar la consagración y la coronación del emperador, en Nuestra Señora de París. El Sumo pontífice pronunció la siguiente oración: «Dios todopoderoso y eterno, que pusisteis a Hazael para gobernar la Siria, y a Jehu, rey de Israel, manifestándoles vuestra voluntad por medio del profeta Elías; que derramasteis la unción santa de los reyes sobre la cabeza de Saúl y de David por el ministerio del profeta Samuel, derramad por mi mediación los tesoros de vuestras gracias y de vuestras bendiciones sobre vuestro servidor Napoleón, a quien, a pesar de nuestra indignidad, consagramos hoy emperador en vuestro nombre.» Pío VII, siendo en 1797 obispo de Imola, había dicho: «Sí, mis muy queridos hermanos: *siate buoni cristiani, e sarete ottimi democratici*. Sed buenos cristianos y seréis muy buenos demócratas. Las virtudes morales forman los buenos demócratas; y los primeros cristianos estaban animados por el espíritu de la democracia: Dios favoreció los trabajos de Catón de Utica y de los ilustres republicanos de Roma.» *Quo turbine fertur vita hominum?*

El 18 de marzo de 1805, el emperador comunicó al senado que aceptaba la corona de hierro que le habían ido a ofrecer los colegas electores de la república Cisalpina: era, al mismo tiempo, el secreto instigador de aquel sufragio, y el objeto público en quien recaía. Poco a poco Italia entera se rigió por sus leyes, y él la unió a su diadema, como en el siglo XVI los jefes guerreros colocaban un diamante a guisa de botón en su sombrero.

Europa, maltratada, trató de poner un vendaje sobre su herida: Austria se adhirió al tratado de Presburgo, concluído entre la Gran Bretaña y la Rusia. Alejandro y el rey de Prusia celebraron una entrevista en Potsdam, lo que dió margen a las burlas poco nobles de Napoleón. Formóse la tercera coalición continental. Estas coaliciones nacían continuamente de la desconfianza y del terror; Napoleón medraba en las tempestades, y no dejó escapar ésta.

Lánzase desde las riberas de Bolonia, donde organizaba un cuerpo de ejército, y amenazaba a Albión por el mar. Un ejército a las órdenes de Davout, es transportado como una nube a orillas del Rin. El 1.º de octubre de 1805, el emperador arenga a sus ciento sesenta mil

soldados, y la rapidez de sus operaciones desconcierta a Austria. Combate de Lech; combate de Werthingen; combate de Guntzbourg. El 17 de octubre se presenta Bonaparte delante de Ulm. Grita a Mack: *¡Abajo las armas!* y Mack obedece con sus treinta mil hombres. Munich se rinde. Cruza el Inn; se apodera de Salzbourg; franquea el Traun. El 13 de noviembre penetra en una de esas capitales que había de visitar una tras otra: atraviesa Viena, y encadenado a sus propios triunfos, es arrastrado por ellos hasta el centro de la Moravia, para salir al encuentro de los rusos.

Bohemia se insurrecciona a su izquierda; se revolucionan los húngaros a su derecha; el archiduque Carlos acude de Italia. Prusia entra clandestinamente en la coalición, y no habiéndose declarado todavía, envía al ministro de negocios, Haugwitz, portador de un ultimátum.

Llega el 2 de diciembre de 1805, y con él la batalla de Austerlitz. Los aliados aguardaban un tercer cuerpo de ejército ruso que se hallaba a unas ocho jornadas. Kutuzoff sostenía que no se debía arriesgar una batalla: Bonaparte, por medio de sus maniobras, obliga a los rusos a aceptar el combate, y son derrotados. En menos de dos meses, los franceses, partiendo del mar del Norte y del otro lado de la capital de Austria, derrotan las legiones de Catalina. El enviado de Prusia va a felicitar a Napoleón en su cuartel general: «Esa es—le dice el vencedor—una felicitación cuya dirección ha cambiado los sucesos.» Francisco II se presenta a su vez en el vivac del militar afortunado: «Os recibo—le dice Bonaparte—en el palacio que habito hace dos meses.» «Sabéis sacar tanto partido de esa habitación—respondió Francisco—que debe, sin duda, agradaros.» Soberanos como éste no merecían siquiera que se les destronase. Se acuerda un armisticio, y los rusos se retiran en tres columnas, y en la forma que el emperador había exigido. Desde la batalla de Austerlitz no hace ya Napoleón nada con acierto.

El 26 de diciembre de 1805 se firma el tratado de Presburgo. Bonaparte crea dos reinos: el elector de Baviera y el de Wurtemberg. Las repúblicas que forma son devoradas por él mismo para convertirlas en monarquías; y en contradicción con este sistema, el 27 de diciembre de 1805, en el palacio de Schönbrunn, dice que la *dinastía de Nápoles había cesado de reinar*; pero esto era por reemplazarla

con la suya: a su voz, los reyes entraban o saltaban por las ventanas.

La guerra, empezada en el Tirol, había proseguido en tanto que continuaba en Moravia. En medio de tantas prosternaciones, cuando se ve a un hombre de pie, se respira: el tirolés Hofer, no capituló como su señor; pero la magnanimidad no conmovió el corazón de Bonaparte, sino que la tomaba por necesidad o por locura. El emperador de Austria abandonó a Hofer. Cuando yo crucé el lago de Garde, inmortalizado por Cátulo y por Virgilio, me enseñaron el sitio donde fué fusilado el cazador: esto es cuanto he sabido personalmente del valor del súbdito y de la cobardía del príncipe.

El 14 de enero de 1806, el príncipe Eugenio se casó con la hija del nuevo rey de Baviera. Los tronos reflujan por todas partes a la familia de un soldado de Córcega. El 20 de febrero decretó Napoleón la restauración de la iglesia de Saint-Denis, y destinó los panteones reconstruidos para sepultura de los príncipes de su estirpe; pero Bonaparte nunca será enterrado en ellos; el hombre cava su sepultura, y Dios dispone de ella.

Berg y Cleves son devueltas a Murat. José recobra las dos Sicilias. Por el cerebro de Napoleón cruza un recuerdo de Carlomagno, y crea la universidad.

La república de Batavia, forzada a amar a los príncipes, envía a pedir a Bonaparte el día 5 de junio de 1806 que le conceda por rey a su hermano Luis.

La idea de asociar la Batavia a Francia, por medio de una unión más o menos encubierta, provenía únicamente de una codicia ilimitada e injusta: esto era preferir una pequeña provincia a las ventajitas que se obtendrían de la alianza con un gran reino unido, aumentando sin provecho los temores y las envidias de Europa: esto era asegurar a los ingleses en su posición en la India, obligándoles, para su seguridad, a que conservaran el cabo de Buena Esperanza, y Ceylán, punto de que se habían apoderado a nuestra primera invasión en la Holanda. Estaba preparada la escena del otorgamiento de las Provincias Unidas al príncipe Luis: se dió en el palacio de las Tullerías una segunda representación de Luis XIV, haciendo aparecer en el palacio de Versalles a su nieto Felipe V.

El 12 de julio de 1806 se llevó a cabo el tratado de la confederación de los Estados del Rin; catorce príncipes alemanes se separan del imperio, uniéndose

entre sí y con Francia, tomando Napoleón el título de protector de esta confederación.

El 20 de julio se firma la paz de Francia con Rusia, y Francisco II, a consecuencia de la Confederación del Rin, renuncia el día 6 de agosto a la dignidad de emperador electivo de Alemania, haciéndose emperador hereditario de Austria; el Santo Imperio romano se derrumba, y aquel importante acontecimiento casi pasó inadvertido; después de la Revolución francesa, todo parecía insignificante; después de la caída del trono de Clovis, apenas se oía el ruido de la caída del trono germánico.

Al comenzar nuestra Revolución, tenía Alemania una porción de soberanos. Dos monarquías principales tendían a atraer hacia sí los demás poderes inferiores: Austria, creada por el tiempo, Prusia, creada por un hombre. Dos religiones dividían el país, fundándose en las bases del tratado de Westfalia. Alemania soñaba en la unidad política, pero faltaba a esta potencia, para llegar a la libertad, la educación política, como le falta a Italia para el mismo fin la educación militar. Alemania, con sus rancias tradiciones, asemejábase a esas basilicas de amontonados campanarios que pecan contra las reglas del arte, aun cuando por eso no dan una idea menos grande de la majestad de la religión y el poder de los siglos.

Guiado siempre por su espíritu de trastorno, imaginó Bonaparte por entonces el gran sanedrín; esta asamblea no le adjudicó a Jerusalén; pero, de consecuencia en consecuencia, hizo afluir los fondos del mundo a las covachas de los judíos, y ha producido, por lo tanto, un cambio poco favorable en la economía social.

El marqués de Lauderdale fué a París reemplazando al señor Fox en las negociaciones pendientes entre Francia e Inglaterra, negociaciones diplomáticas que no tuvieron más resultado que aquella frase del embajador inglés sobre el señor de Talleyrand: «Eso es barro (1) cubierto con una funda de seda.»

(1) Y no pongo aquí la palabra textual, sino otra menos significativa.

CUARTA COALICIÓN.—CAMPAÑA DE PRUSIA. —DECRETO DE BERLÍN.—GUERRA EN POLONIA CONTRA RUSIA. —TILSIT. —PROYECTO DE REPARTICIÓN DEL MUNDO ENTRE NAPOLEÓN Y ALEJANDRO. —PAZ. —GUERRA DE ESPAÑA. —ERFURT. —APARICIÓN DE WÉLLINGTON. —PÍO VII. —REUNIÓN DE LOS ESTADOS ROMANOS A FRANCIA.

Durante el año 1806 se forma la cuarta coalición. Napoleón sale de Saint-Cloud y llega a Maguncia, apoderándose en Saalbourg de los almacenes del enemigo. El príncipe Fernando de Prusia es muerto en Saalfeldt. En Auerstaedt y en Jena, el 14 de octubre, desaparece Prusia con esta doble batalla: yo no pude encontrarla a mi vuelta de Jerusalén.

El boletín prusiano lo refiere todo en una sola línea: «*El ejército real ha sido derrotado. El rey y sus hermanos viven.*» El duque de Brunswick sobrevivió poco tiempo a sus heridas; en 1792, su proclamación había conmovido a Francia; el duque me saludó en el camino cuando, pobre soldado, iba a reunirme con los hermanos de Luis XVI.

El príncipe de Orange y Moellendorf, y muchos oficiales generales encerrados en Halle, obtienen el permiso de retirarse, en virtud de la capitulación de la plaza.

Erfurt capitula; Davoust se apodera de Leipzig; se fuerzan los pasos del Elba; Spandau cede, y Bonaparte hace prisionera en Postdam la espada de Federico. El 27 de octubre de 1806, el gran rey de Prusia escucha alrededor de sus palacios vacíos de Berlín un ruido de armas que le revela la presencia de granaderos extranjeros; era Bonaparte que había llegado. En tanto que el monumento de la filosofía se hundía en las aguas del Spree, yo visitaba en Jerusalén el eterno monumento de la religión.

Stettin y Custringen se rinden; se alcanza en Lubeck una nueva victoria; la capital de la Wagria es tomada por asalto. Blücher, destinado a entrar por dos veces en París, queda prisionero de Francia. Esta es la historia de Holanda y de sus cuarenta y seis ciudades, tomadas en un viaje hecho por Luis XIV en 1672.

El 21 de noviembre se publica el decreto de Berlín sobre el sistema continental, decreto gigantesco que aisló a Inglaterra de las demás naciones, y que estuvo para llevarse a cabo: este decreto